No sé qué hago aquí

Ana García Bergua

No sé qué hago aquí. Hay una fiesta a mi alrededor, todo el mundo come, bebe y baila. Me parece que ahí, entre el tumulto, está Fabiola; baila con mi amigo Roberto. Trae un peinado alto, muy elegante, y un vestido de seda azul que no le había visto antes. Me da vergüenza llamar a Fabiola y preguntarle qué hacemos en este sitio, no conozco a los que están en la mesa. Estamos comiendo pechugas rellenas de queso. Salsa de champiñones. Ya me ha pasado, no es la primera vez. Me pasó en un río, cerca de Zihuatanejo, a un lado de la costa. Me llevaron al médico cuando regresamos.

Fabiola baila y no sé si alguien de esta mesa es de mi confianza. Estamos en un salón muy grande, adornado con muchas flores, me parece que son camelias. Quizá, si hago un esfuerzo, me acuerdo. A mi lado hay una señora que está guapa. Me abraza de repente. Me pregunta: ¿está rico el pollo, don Rodolfo? Muy bueno, le contesto. Trae un escote muy tentador. No puedo dejar de mirárselo, pero me debo aguantar. Qué tal que es alguna sobrina, la verdad es que ya no las distingo a unas de otras, pero eso desde hace años. Son muchas, todas me dicen tío. Y se parecen. Pero aquí no veo mujeres que se parezcan, hay otras señoras al lado de ella y una viejita. No conozco a nadie.

Roberto aprieta muy fuerte a Fabiola; la orquesta está tocando *La gloria eres tú*. Ya no los puedo distinguir, me los tapa una señora muy gorda con un hombre chaparro. ¿Será posible que ese hombre sea el senador Barrientos? Sería muy extraño, pero es idéntico. Una vez me lo presentaron. Un hombre muy formal, con ambiciones.

¿Y qué será lo que festejamos? Cuando regresamos de Zihuatanejo, el médico me aconsejó que tratara de recordar todos mis datos y lo que hice el día anterior. Vamos a ver: me llamo Rodolfo Jiménez Varela. Cumplo años en febrero. Vivo en Miraflores 39. Qué tontería. A mi sobrina o quien sea la señora de al lado le cayó salsa en el escote, no se da cuenta. Puedo limpiárselo con la servilleta, me gustaría, pero qué tal que se ofende.

No sé qué hago aquí. Fabiola y Roberto no se ven por ningún lado. Quisiera ir al baño aunque sea para echarme agua, mirarme en el espejo, pero no sé dónde está, ni qué decir. Lo bueno es que no me urge. Uno de los que están en la mesa me pregunta si quiero vino blanco, le digo que sí. Para el postre es bueno. Si hay postre, no es boda, porque en las bodas el pastel es hasta después, con lo del ramo y eso. Y champán. Pero no hay novio, ni novia, hay muchísima gente. Haré lo que me dijo el doctor ese: mi teléfono es el 57 34 82 40. Qué tontería. No sé qué hago aquí.

Fabiola y yo hemos viajado mucho, prácticamente desde que me jubilé, le pusimos casa a todos los hijos. Lalo vive en Houston. Marielita en Londres con el dentista ese. Perla y Patricia tienen su casa cerca de nosotros. Hubiera sido bueno que Marielita se casara con Barrientos, qué bien se ve. La gorda debe de ser su mamá. Ése sí que hizo lana. A lo mejor no es Barrientos el que baila con la gorda, no tendrá la edad. Si tan siquiera alguien diera un discurso. A lo mejor dieron el discurso antes de que yo dejara de saber qué hago aquí.

Tengo otro hijo, Jaime, pero a ése lo tuvimos que internar. Está en ese hospital que no me acuerdo cómo se llama. Bueno, ¿y si le pregunto a la señora de al lado qué celebramos? Sigue con la salsa en el escote. Le acabo de prender el cigarro con un encendedor dorado que está en la mesa, a lo mejor es mío. Me sonrió. Ella fuma y habla con la señora de al lado y con la viejita. Dicen que ya no se puede salir a la calle por la inseguridad. A la otra le acaban de robar el Maverick, qué barbaridad.

Tiene los dientes muy salidos. ¿Y a usted, don Rodolfo, no le han robado nada? El escote, le digo. Quise decir que me robaron el Rolex hace unos meses y dije escote en vez de Rolex. Tengo que pronunciar bien. Me señalo la muñeca: el Rolex, le digo fuerte, en un alto. Por güey, por andar sacando el brazo.

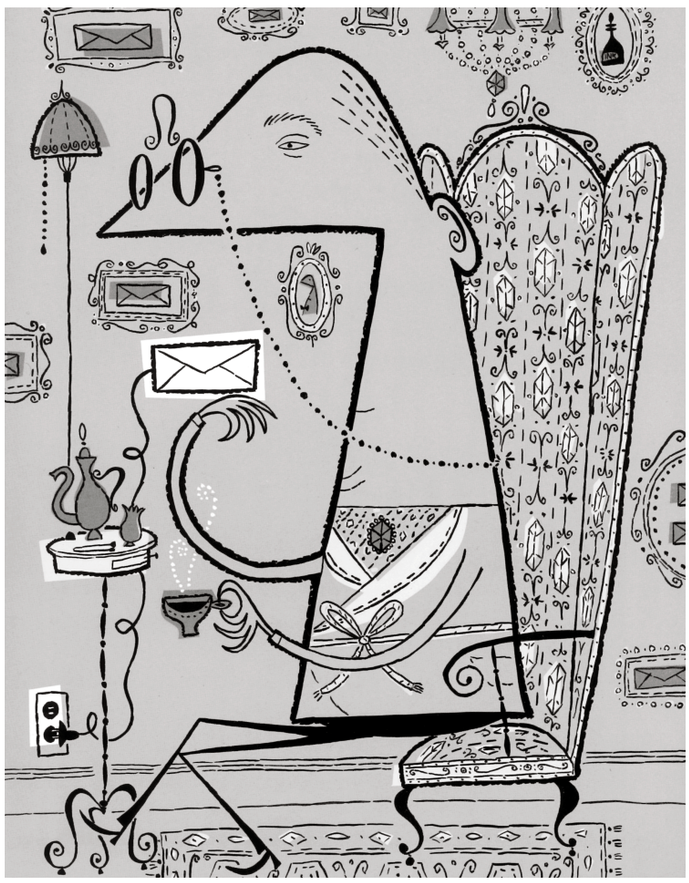
La señora de al lado se ríe, la otra me dice que al rato ya no vamos a poder hacer nada. Uno debería poder manejar con la ventana abierta, como antes, le contesto. Los que gobiernan ahora son unos idiotas. A las otras señoras de la mesa les hace gracia, pero a la del escote no. Voy a decir cualquier cosa, en una de ésas y así me tiran un lazo. No se ha limpiado la salsa; ¿serán de a de veras? Fabiola se hizo unas en Houston, fue mi regalo de aniversario, pero ya se le volvieron a caer. ¿Y dónde anda? ¿Pues a poco ya se fue con Roberto? ¿Qué no era mi compadre?

Oiga, don Rodolfo, ¿y usted conoció al diputado Bermúdez? Es un tipo como de cuarenta el que me lo pregunta, copetón. ¿El que se suicidó?, dice la de los dientes. Cómo no, pero no se suicidó, le digo, a ése lo mataron porque andaba en el negocio de las casas. Vendía casas que no eran suyas. El copetón trae un gafete que dice Prensa. Nomás no lo ande diciendo, porque lo negaré todo, le advierto. Y le levanto la ceja a la del escote. Se sonríe. Ay, don Rodolfo, es usted tremendo.

Pues lo que sí es que traigo unos cuernos de aquí a la Luna, porque acabo de ver a Fabiola bien untada con Roberto ahí al fondo, y parece que no les da vergüenza ni nada. Ya de regreso a la casa le armaré una tremenda, va a ver. Nomás averigüe qué carajos estamos haciendo aquí. ¿Qué le pasa, don Rodolfo? Se puso muy serio, me dice la del escote. Es que no veo al mesero, le contesto, quiero pedirle un almendrado en lo que traen el postre. Usted debería acompañarme, le digo, y pedir otro, es muy rico. Ya se puso roja. ¿No quiere bailar? Ay, don Rodolfo. Ándele, vamos a mover el bote.

Yo quisiera saber quién es, pero cómo le voy a preguntar. Qué tal que es mi nuera, la de Lalo. Pero creo que Lalo se casó con una gringa, ¿o ya la dejó? De bruto no se casaba con una gringa. A este ritmo no le entiendo, noto incómoda a mi compañera. Huele a perfume de rosas. ¿Qué le pasa?, le pregunto, ¿no se siente bien? Me mareé, me dice, no sé por qué. Véngase a sentar, le digo. Le pido al mesero que le traiga agua fría. Con hielito, para que se le pase. La dientona le pregunta qué le pasó. La dejo ahí sentada y procuro caminar un poco por el salón. A lo mejor si camino me regresa la memoria y de paso voy al baño. Para ir al baño hay que cruzar un jardín, hay mucha gente brindando.

Don Rodolfo, me llama un tipo vestido de lino, acompáñenos a platicar. Aquí mi compañero Andrade me dice que usted le dio clases en la Facultad de Dere-



© Melinda Beck

© Melinda Beck

© Marcio Gomes

© Jens Bonnke

cho. Maestro, me dice el compañero Andrade, qué gusto volverlo a ver después de tantos años. Yo no me acuerdo de él. Fabiola está en un rincón del jardín, quién sabe qué le dice Roberto, se muere de la risa. Juraría que le acaba de agarrar una nalga. Esto es demasiado. Les digo a los señores que con permiso, me acerco a Fabiola y carraspeo. Fabiola no reacciona. Le toco la espalda, voltea. No me reconoce. Perdón, le digo. A lo mejor estoy equivocado. No sé qué hago aquí.

Regreso a buscar el baño. Otro señor me llama: don Rodolfo, acompáñenos a brindar por Chepe. Su hija se acaba de recibir. Una menos, dice el tal Chepe, todavía me faltan cinco. Se ve un poco angustiado. Yo trato de recordar qué hice ayer. Desayuné papaya, de eso sí me acuerdo. Estuve un rato en el jardín leyendo el libro que acaba de publicar este muchachito que siempre se me va cómo se llama. Luego vino Perlita para que fuéramos al dentista. Y me sacaron una muela. En realidad, me acuerdo bastante bien de todo, no debo angustiarme. Lo único que no sé es qué hago aquí.

¿Y si fuera un sueño? Por eso Fabiola no me reconoce. Si fueran en la realidad Fabiola y mi compadre, no estarían tan tranquilos. Claro, es un sueño, yo estoy bien, fue nada más esa vez de Zihuatanejo. Nunca me volverá a pasar. Ya me he cachado en sueños alguna vez. Hay que tener cuidado cuando uno se cacha en sueños. Por ejemplo, si orino, me despierto, estoy seguro. Y si no me despierto, me orinaré en la cama, así que mejor no voy al baño. Aquí cada vez hay más gente. Voy de regreso a la mesa, a esperar a despertarme. Aprovecho para soltar algún codazo, le meto mano a una señora como quien no quiere la cosa. No parece darse cuenta, nadie parece darse cuenta. En la mesa, el del copete ya se fue. Ahí sigue la del escote con la dientona, la viejita y otras señoras; si es un sueño, a nadie le va a importar lo que yo haga. Vamos a tentar al destino, Rodolfo, eso vamos a hacer.

Llego y me siento, la miro a los ojos con determinación, agarro la servilleta y le limpio el escote. Se le cayó la salsa, le digo. Los senos se sienten duros, me lo imaginaba, como de hule. Todas se quedan como pasmadas. Hasta en los sueños se pasman las mujeres, hay una tensión muy grande. Yo la sigo mirando, está roja, como que se ahoga de la pena, como que va a llorar. Pero me mantengo firme. Me pregunto qué hará. Quizá, como es un sueño, me va a besar. Mejor cierro los ojos.

De repente, la viejita se levanta, muy contrariada. Una viejita muy achicada, como pasita. Rodolfo, yo creo que ya nos vamos, me dice. No se preocupe, doña Fabiola, no se preocupe, le dice la del escote. Ándale, vente; la viejita me jala para que me levante. No ganamos para vergüenzas, me dice, cada día estás peor; aquí ya terminaste de estar. ¿Aquí, dónde?, le pregunto.